

cipales: el misterio de Cristo en sí mismo y su acción redentora y salvífica. C. Chopin se esfuerza en demostrar la unión entre estas dos partes, "entre la *Cristología* que atañe a la persona del Verbo Encarnado y la *Soteriología* que concierne a la obra por El realizada". La novedad fundamental está en no encerrar la Cristología en un tratado teológico sobre Cristo, sino en situarla, como centro de la Historia de la Salvación. Bajo este prisma el tratado se abre a la doctrina sobre la Iglesia, la gracia y los sacramentos.

La obra de Chopin tiene además no pocos aciertos. Al hacer por separado el aspecto histórico y sistemático, las verdades sobre Cristo aparecen a la luz de la historia de las diversas vicisitudes doctrinales de la Iglesia que motivaron su formulación. Y no es menos novedad la fundamentación escriturística que el autor sabe aprovechar con gran utilidad.

El carácter expositivo de manual impide quizás al autor mencionar siquiera alguna de las "cuestiones disputadas" actualmente en torno a la cristología. Mencionarlas, al menos, habría sido un bien para el lector.

Pero la limitación principal y común a estos dos buenos manuales, habría que ponerla en que sólo una vez en el tratado sobre Dios (p. 113) y como mero punto de referencia, se cita al Vaticano II. Ciertamente el Concilio no encierra novedad sobre el contenido de estos dos tratados de Teología, pero su espíritu habría orientado, al menos, algunas de sus páginas.

AURELIO FERNÁNDEZ

Henri-Irénéé Marrou, *Théologie de l'histoire*, Editions du Seuil, Paris 1968, 186 pp.

Sería difícil hacer un elenco completo de los libros y ensayos dedicados en nuestros días a la naturaleza y sentido de la historia. Entre esa enorme producción, algunas obras merecen ser señaladas especialmente. Así sucede con la que acaba de publicar H. I. Marrou.

Su título lleva a pensar en un tratado estructurado y completo. En realidad es un ensayo o, incluso más propiamente, una reflexión personal sobre un tema de actualidad. Escribo esto no para disminuir la importancia del libro, sino, al contrario, porque la fuerza de esta obra de Marrou está precisamente en recoger el pensamiento de un autor que, llegado a la madurez de su carrera, se aproxima a un tema que le apasiona. De ahí que el libro, no sólo dé respuesta acabada a la pregunta de que parte, sino que esté lleno de sugerencias, intuiciones y enfoques, que son a veces discutibles, pero siempre interesantes.

Desde el siglo XIX el tema del sentido de la historia ha visto situados en campos opuestos a los historiadores y los filósofos. Entiendo ahí por filósofos a los que recibieron ese título durante el siglo pasado: es decir, los representantes del idealismo. Una de las pretensiones del idealismo fue precisamente la de trazar un cuadro acabado del acontecer histórico de tal manera que todo fuera explicado de modo exhaustivo. Los historiadores de profesión, conocedores de la complejidad de los acontecimientos

tos y de lo limitado del conocimiento que conseguimos tener de las épocas que nos han precedido, han mirado siempre a esos intentos filosóficos con una mezcla de enojo y desprecio.

El desarrollo de los hechos ha venido a darles razón: las anticipaciones históricas se han manifestado falaces; las más audaces construcciones especulativas han sido olvidadas o han degenerado hasta convertirse en cobertura ideológica de empresas totalitarias. Ante esa experiencia, el hombre de nuestros días se ve atraído por el escepticismo y se refugia en un pragmatismo cansino, o, por reacción, salta violentamente denunciando el sistema y clamando por un espíritu que no sabe donde encontrar.

Teniendo presente esa situación, ha escrito Marrou este ensayo, inspirándose —como declara en las primeras páginas— en la doctrina de San Agustín, que ha sido tantas veces objeto de su investigación y de su estudio.

Hablar de teología de la historia, dice, es tratar “del problema que plantea a nuestra conciencia la historia realmente vivida por la humanidad a través de la totalidad de la duración del tiempo, y a la que todo hombre se encuentra vinculado por el carácter histórico de su existir. En una palabra: es el problema del *sentido de la historia*” (p. 15). Pues bien, ante el problema así planteado, el cristiano tiene una respuesta. Una respuesta que comienza por una afirmación tajante: la historia tiene efectivamente un sentido, no es un mero azar, ni un absurdo.

A precisar el sentido de esas afirmaciones está encaminada la primera de las dos partes en que Marrou divide su ensayo. La fe cristiana enseña ante todo que Dios es salvador: no está por tanto permitido desesperar; aún en las situaciones más oscuras y en los momentos más angustiosos de la historia, el cristiano sabe que el triunfo de Dios es seguro. Pero —prosigue Marrou— Dios no se ha limitado a revelarnos esa verdad bruta, sino que nos ha descubierto de algún modo sus designios: nuestra fe comprende no sólo la teología (en el sentido de los griegos: conocimiento de la Trinidad), sino la economía: la intervención de Dios en la historia, en la temporalidad misma, para salvar a los hombres. Estos datos son interpretados por Marrou en una imagen que constituye el centro de su exposición: “A la luz de la revelación podemos representarnos el conjunto de la historia de la humanidad como un gran tríptico. En el centro, la Encarnación, el Verbo eterno que se hace hombre por nosotros y para nuestra salvación, la kénosis, la humildad, la humillación, la obediencia *usque ad mortem*, la cruz del Calvario.—que se sitúa en el centro, en el corazón mismo de nuestra fe— e inseparable de ella la resurrección gloriosa, primicia y garantía de otra resurrección... En el panel de la izquierda se despliegan los siglos anteriores a Cristo, las épocas del Antiguo Testamento, o, para hablar con más precisión, la lenta preparación evangélica... (y, por fin, el tercer panel) tercer acto del gran drama de la historia humana, tercera y última fase del plan concebido por Dios: también él tiene un papel que jugar en la economía de la salvación, con igual derecho que el de los tiempos precristianos, los tiempos de la antigua alianza” (p. 33-35).

Esa realidad salvífica del tiempo presente, del tiempo de la Iglesia, al que corresponde una función específica en la historia de la salvación, es un dato fundamental para Marrou que, entre las diversas fórmulas empleadas por los exegetas, prefiere la de escatología incoada o inaugurada (cfr. p. 89). Recogiendo una fórmula patristica, basada a su vez en un texto del Apocalipsis (1, 9-11), glosa esa idea describiendo el tiempo actual como el tiempo durante el cual se completa el número de los santos, se reúne el Pueblo de Dios, se edifica la Jerusalén celeste.

Nuestro tiempo tiene una consistencia, no es una simple espera anhelante de algo que vendrá y de lo que ahora no hay anticipación alguna; hay una anticipación, pero su sentido, sus dimensiones, permanecen obscuras, son desconocidas por el hombre. Esta segunda parte de la doctrina de Marrou es esencial, y sobre ella vuelve desde perspectivas muy diversas. No es este el momento de seguir la marcha de su pensamiento en este punto; basta comentar que todo se resume en la idea de la ambivalencia de la historia o, para decirlo con las palabras de San Agustín, que él mismo cita, que "perplexae quippe sunt istae duae civitates invicemque permixtae" (De Civitate Dei, 1, 35; citado repetidas veces, y comentado especialmente en p. 71). Durante el acontecer terreno, la Ciudad de Dios y la *civitas terrena* están mezcladas: todo intento de identificar alguna empresa humana con la edificación de la Jerusalén celeste, es erróneo y conduce inevitablemente al clericalismo o al naturalismo; todo intento de presentar a alguna época histórica como privilegiada y portadora del sentido del acontecer, conduce igualmente al engaño, porque todos los tiempos y todos los hombres se relacionan inmediatamente con Dios.

Las ideas que expone Marrou, y los juicios con que los prolonga, no sólo con respecto a las filosofías de la historia de tipo hegeliano, sino también en relación a las teologías de la historia de tipo tanto milenarista como conservadora, me parecen no sólo pertinentes, sino absolutamente necesarios. Si queremos que la teología de la historia salga de la encrucijada en la que actualmente se debate, se hace imprescindible partir precisamente de ahí. Si tuviera que hacer un reproche a Marrou sería precisamente para subrayar esa realidad aún más fuertemente. La imagen de la historia humana como representada en un tríptico, tiene sus ventajas y puede servir para exponer adecuadamente algunas ideas fundamentales. Sin embargo considero necesario precisar que el panel central —es decir, Cristo—, es central en un sentido más teológico que cronológico. Las ideas de preparación y culminación tienen un sentido muy preciso si se aplican, como hace el texto bíblico, a la sucesión entre la Antigua y la Nueva Alianza, y por tanto al proceso de la revelación y de la constitución de los signos salvíficos. Pero su sentido es mucho más lato, y en gran parte impropio, si lo extendemos a la totalidad de la historia humana. El tiempo de Cristo trasciende en realidad todo tiempo, y es la norma por la que todo tiempo será juzgado. Todo tiempo —también los posteriores a la Encarnación— son a la vez preparación del Evangelio y recepción de la Gracia. La imagen real de la historia está oculta a nuestros ojos, y sólo se manifestará al fin de los tiempos.

“Como toda teología, nuestra teología de la historia, para no reducirse a especulación vana, debe culminar poniendo las bases de una espiritualidad”. Con estas palabras escritas hacia el fin de la primera parte (página 95), Marrou inicia el tránsito hacia la consideración de la actitud que el cristiano debe adoptar ante la historia, hacia la formulación de algunas consideraciones sobre la praxis cristiana. El punto de partida lo constituyen las palabras de San Pedro sobre la necesidad de vivir “spectantes et properantes in adventum diei Domini” (2 Pe 3, 12), esperando y apresurando la llegada del día del Señor. Esa actitud de espera activa que connota la cooperación al servicio al Reino, debe ser la disposición fundamental del cristiano.

La primera forma de cooperación en ese trabajo para hacer avanzar la historia, se encuentra en el versículo anterior de la misma epístola: “Orad”, ya que ese es un medio que ha indicado el mismo Cristo al enseñarnos a pedir “venga a nosotros tu Reino”. Y, junto a la oración, la acción. Porque el mandamiento de la caridad se impone radicalmente al cristiano, y la caridad no se puede practicar sin estar cercano a los demás hombres, sin sentir sus necesidades y, por tanto, sin participar —de la manera que sea propia de cada uno— de los afanes del momento presente.

Toda la vida —y por tanto también la participación en la cultura, en la política, etc.— se presenta así al cristiano como algo que no es ajeno a las perspectivas del Reino de Dios. Pero, —coherente con las ideas expuestas en la primera parte—, Marrou advierte enseguida, que el cristiano deberá actuar siempre sin identificar ninguna de esas empresas que pueda asumir con el Reino mismo. Entre las páginas destinadas a glosar esa idea hay algunas, que quiero subrayar, porque suponen denunciar uno de los mitos que más daño han hecho a la formación cristiana: el mito de la Edad Media como una edad cristiana perfecta o casi perfecta. Ese mito no sólo ha podido servir para fomentar una actitud de añoranza, que puede ser culturalmente respetable, pero que en sí no tiene nada que ver con el dogma cristiano; sino que, lo que es más grave, ha llevado a veces a olvidar que ninguna ciudad humana será jamás definitiva, que la única ciudad destinada a durar, y a la que por tanto se le puede conceder una función normativa, es la Ciudad celeste. Todo lo que ha sucedido en la historia o lo que pueda suceder, es, a lo más *parábola* del Reino eterno, por usar una expresión de Congar.

La teología de la historia es así una teología de la libertad. Tal es el título del último capítulo de la obra de Marrou. La situación de ese capítulo muestra bien su importancia. Quisiera añadir que ese tema constituye en cierto modo la piedra de toque para conocer el sentido de una reflexión sobre la historia; por eso sería una de las cuestiones más dignas de ser ampliamente desarrolladas. Pero eso nos haría superar con mucho los límites de una recensión.

JOSÉ LUIS ILLANES